

Basil Bernstein: "A Socio-Linguistic Approach to Social Learning". *Penguin Survey of the Social Sciences*, 1965 (Ed. by Julius Gould). Penguin Books, 1965. pp. 144-68.

Una llamada de atención de nuestro Director pone en nuestras manos esta revisión de desarrollos recientes en el campo sociolingüístico, que hace mucho tiempo deseábamos y hoy se nos da ocasión de cultivar.

Bernstein lista, desde el principio, los centros principales de su atención: el descuido en que la sociología ha tenido a la lengua; el papel de la lengua como aspecto principal de la cultura; las relaciones entre las formas de hablar y los modos de relación social; las consecuencias del acceso diferencial a diversas formas de hablar.

Aunque Bernstein no es explícito, alude a la vinculación entre ciencias biológicas y ciencias sociales, propiciada por el estudio del lenguaje. El lenguaje arranca —en efecto— de una posibilidad fisiológica (la posibilidad de emitir una gama más o menos amplia, una variedad considerable, de ruidos, mediante la articulación de ciertos órganos, principalmente bucales), pero, no se explica sino por una necesidad: la necesidad comunicativa, social. Lo que Bernstein sí dice explícitamente, en cambio, es que, constituido el lenguaje, llega a convertirse en un elemento básico para la humanidad, en cuanto es "portador de los genes sociales". Esta forma de aproximación analógica entre "la herencia biológica y el legado cultural" —que solemos decir— es riesgosa, pero nos es grata, y si se realiza con prudencia, puede dar fruto.

El lenguaje es —con todo— una institución social que no ha merecido estudio especializado como el de la familia, la religión, etcétera. Esto aunque Durkheim y Weber hayan reconocido su importancia social; aunque Mead haya mostrado su papel en la perfila-

ción social; a pesar de que Boas le haya considerado medio para estudiar la psicología de los pueblos; sin que importe que Sapir haya visto su interpenetración de la realidad social; a pesar de que Hoiijer ha dicho que quienes hablan en forma diferente parecen estar en mundos distintos; aunque Whorf haya tratado de revelar una metafísica que —según él— estaría implícita en el lenguaje; aunque Fromm —finalmente— (en una conferencia reseñada por Humberto Muñoz y Carmen Cano de Véjar) le haya listado entre los "filtros sociales"

El estudio sociológico del lenguaje tiene que partir, entre otras cosas, de la distinción entre "lengua" y "habla". Y aunque la distinción no proceda —como haría pensar la presentación de Bernstein— del trabajo de Dell Hymes sino de la obra clásica de Saussure y de su escuela, sí hay en la de Hymes aportación propia (ya más marcadamente sociológica y no pura o predominantemente lingüística). Como señala Hymes, hay un "acto o proceso de hablar, pero una estructura patrón o sistema de lenguaje" y concreta la distinción, plásticamente, diciendo que "el habla es un mensaje; el lenguaje, un código".

El lenguaje —reconozcámoslo o no— tiene, siempre, algo de la norma ("es un conjunto de reglas al que los códigos de habla deben apearse") y el habla, el código, "es una función del sistema de relaciones sociales"; pero si el lenguaje tiene, en tales condiciones, mucho de lo que trasciende de lo individual, de lo puramente colectivo, de lo intersubjetivo (y, por ello, mucho de la coacción social, de lo sociológico *sensu stricto*) también es verdad que el investigador social de lo lingüístico necesita considerar un nivel intermedio, en el que deja de ser algo muy próximo de lo individual o de lo intersubjetivo del habla, *sin alcanzar aún lo social de la lengua*; en que lo que se manifiesta *no es norma pero sí normal*:

*no precepto sino promedio expresivo.* Corresponde este nivel a lo que, sin ser sociología del lenguaje o examen sociológico de las hablas, es ya obtención inductiva de ciertas características, comunes a todas las hablas, que, sin cristalizar aún como normas, están en vías de convertirse en preceptos.

El habla, con todo, no es —tampoco— algo puramente individual; existen hablas individuales capaces de agruparse en función de uno o varios rasgos, porque corresponden a un papel. Un papel social es, en efecto, según Bernstein, fundamentalmente, “una actividad *codificadora* compleja que controla la creación y organización de significados específicos y las condiciones para su transmisión y recepción”.

Hay —como puede captarse, de inmediato— dos vías de influencia: una de la sociedad sobre la lengua; otra de la lengua sobre la sociedad. Más estudiada la primera que la segunda por los lingüistas, por tanto, más que por los sociólogos), la influencia de la lengua en la sociedad importa porque “los códigos transmiten esencialmente la cultura y, de ese modo, constriñen el comportamiento”.

La referencia más inmediata es a Voytinsky y a una tesis dinámica suya, según la cual, la lengua resultaría ser el *medio de transmisión de los cambios culturales sobre la sociedad y de los cambios sociales en la cultura*. Una concepción como ésta coloca en el centro de la problemática —en el nivel de la indispensable distinción y relación de sociología y antropología cultural— a la filología, tanto o más que a la lingüística (que establece un vínculo mucho más fuerte entre lo biológico y lo social).

Más que detenernos en la distinción entre “códigos restringidos” (de alta predictibilidad, sustentantes sólidos de la relación social) y “códigos elabora-

dos” (de menor predictibilidad, y más cercanos a lo personal) recogeremos una interrogante y un subrayado del doctor González Casanova, anotados en estas páginas. Los códigos restringidos —se dice en ellas— surgirán en prisiones, unidades de combate, grupos de coetáneos; pero ¿aparecen también —es la interrogante— entre los indígenas? Creemos que habría que precisar la pregunta, dividiéndola en dos: habría que investigar si aparecen o no entre ellos cuando son monolingües, al hablar su idioma, y si surgen o no entre los bilingües, al emplear el español. . . La manipulación social de los códigos —se asienta también aquí— produciría un “atraso culturalmente inducido”. La ejemplificación, en el libro, la proporcionan los niños de las clases bajas de los países desarrollados (y quizás, sobre todo, de Inglaterra). Pero, la cercanía del subrayado y la interrogante a que aludimos nos permite plantear, en términos nuevos —como hipótesis que, probar o rechazar— la que hasta ahora se ha consignado en otros sitios en términos de acusación. Según ella, y de acuerdo con la ideología de distintos acusadores, en unas ocasiones sería la conservación de las lenguas indígenas, en otras la enseñanza del castellano, lo que sería instrumento de dominación (o, conforme a las nuevas formas expresivas, “medio de inducir un atraso cultural y social”).

La revisión de Bernstein es útil en más de un sentido: da cuenta de desarrollos recientes, sobre todo; pero da referencias indispensables para quienes, por haber estado más interesados en otros aspectos socioculturales, han podido atender poco el desarrollo de las ciencias del lenguaje. Cabe descartar que esto contribuya a que esas ciencias estrechen sus vínculos —en pocos años— con las restantes ciencias del hombre y, en particular, con la sociología.